Mt. 5, 37: Ma il vostro parlare sia

sì sì no no

ciò che è in più vien dal maligno.

Ubi Veritas et Iustitia, ibi Caritas

Rivelazione e Religione · Attuazione e Informazione · Disamina · Responsabilità

Quindicinale Cattolico « ANTIMODERNISTA »

Anno XXVII n. 2 — 31 Gennaio 2001

COLLABORAZIONE APERTA A TUTTE LE « PENNE » PERO': « NON VOLER SAPERE CHI L'HA DETTO MA PONI MENTE A CIO CH'E' DETTO » (Im. Cr.)

Artículo del boletín italiano: **sí sí no no**, Año XXVII nº 2.
Título original: *Il movimento "Carismatico" una forma "democratizzata" d'iniziazione diabólica*.
30 de enero de 2001
Traducido al español. www.sisinono.org

EL MOVIMIENTO "CARIMÁTICO"

Una forma "democratizada" de iniciación diabólica

La Congregación para la Doctrina de la Fe ha publicado una «*Instrucción sobre las oraciones para obtener la curación de Dios*» (véase *L'Osservatore Romano*, 24 de noviembre de 2000). Además de reafirmar la autoridad del obispo diocesano, la Instrucción pide que en la realización de dichas "*oraciones*" "*no se debe llegar, especialmente por parte de quienes las dirigen, a formas similares a la histeria, la artificialidad, la teatralidad o el sensacionalismo*" (art. 5 nº 3).

La Instrucción se refiere claramente al movimiento carismático; las autoridades romanas parecen temer únicamente formas de fanatismo y sensacionalismo. La prensa, por lo tanto, ha visto en el documento una legitimación sustancial del «*auge carismático, tanto más cuanto que, al ser un fenómeno que involucra a cristianos de todas las confesiones, coincide con ese camino de reunificación de las Iglesias al que, a partir del Concilio Vaticano II, todos los Papas, especialmente el actual, se han adherido*» (*Libero*, 6 de enero de 2001).

Si es así, cabe reiterar que el ecumenismo es la palanca de la "auto-demolición" de la Iglesia. De hecho, en el movimiento carismático (también llamado movimiento pentecostal o "Renovación del Espíritu") hay algo mucho más grave que las manifestaciones de fanatismo y sensacionalismo. Por lo tanto, con la esperanza de despertar un sentido de responsabilidad en los pastores y, en cualquier caso, de poner en guardia a algunas ovejas del pobre rebaño de Cristo, desatendido y engañado, consideramos oportuno ofrecer nuestra propia versión y traducción de algunos artículos publicados en *Sous La Bannière* nº 89-90, mayo-junio y julio-agosto de 2000.

* * *

El preternatural diabólico

Parece absolutamente necesario y urgente regresar a la Renovación Carismática, pues se dice que en ella ocurren "cosas extrañas". Esto no es sorprendente, ya que esta "Renovación" está injertada en una corriente oculta que nos lleva directamente al preternatural diabólico.

El Pentecostalismo carismático tiene como punto de partida un fenómeno que pretenden presentar como obra del Espíritu Santo, cuando en realidad es obra de Satanás disfrazado de ángel de luz: este fenómeno consiste en una iluminación iniciática, cuyo punto de llegada es una forma de unión con Satanás.

Iluminación iniciática

La iluminación iniciática es el umbral de todo aquello que es sede de un influjo diabólico: sociedades secretas, congregaciones iniciáticas, etc. En el movimiento carismático, la iluminación iniciática "precipita" el alma en un universo que ya no es, a pesar de las apariencias, el de la fe católica, sino otro universo: el universo del «otro», del enemigo de Dios y de las de las almas.

Para alcanzar la iluminación iniciática, se necesita una elección, una decisión. En el momento carismático, esta elección consiste en la decisión de recibir el famoso "bautismo del Espíritu".

Cabe señalar que la iluminación iniciática no es algo que se aprende, sino una "impresión" que se recibe y que uno no es capaz de explicar. René

Guènon, gran especialista en el arte luciferino, expresa la esencia de la iluminación iniciática de esta manera: "*uno no aprende algo misterioso, sino que lo experimenta*" (*Apercus sur l'initiation*).

La iluminación iniciática requiere un iniciado

Para experimentar esta "*cosa misteriosa*", se necesita alguien que ya haya recibido la iluminación iniciática. En el libro "*Les authentiques fils de la lumière*" ("*I Veri figli della luce*", ed. de la Colombe 1961), el autor, que es un masón anónimo, hablando de su iniciación al grado de Rosacruz escribe: «*El Venerable es **un canal** de influjo espiritual, que es el agente*» (pág. 87). Un «*canal*»: el "Venerable", es decir, es el soporte de un poder que se le escapa y que, al mismo tiempo, debe transmitir. Este es el papel del iniciador.

Ahora bien, es evidente que en el movimiento carismático nada, absolutamente nada, puede producirse si no hay un miembro "iniciador", que ya haya recibido el "bautismo del Espíritu" o la "iniciación carismática", y que, por lo tanto, se haya vuelto capaz de transmitir el "influjo espiritual", que produce la impresión iniciática. Este es un elemento fundamental en el movimiento carismático. Y esto es lo que también nos permite distinguir el Sacramento de la Confirmación, conferido en la Iglesia Católica, del mencionado "Sacramento carismático".

En el sacramento de la Confirmación, solo el Obispo (o un sacerdote delegado por él) opera, y no puede transmitir su poder a sus sacerdotes, y mucho menos a los laicos. En el movimiento carismático, sin embargo, el iniciado, con la iniciación, transmite su poder de "iniciar". Además, — ¡qué extraño! — un cardenal puede recibir la iniciación carismática de un niño dotado de "poderes espirituales" que el Príncipe de la Iglesia no tiene; basta con que este niño haya recibido el "sacramento" iniciático del "bautismo del Espíritu". ¡Algo que en la Iglesia Católica, por su naturaleza jerárquica, es simplemente aberrante!

Por lo tanto, los grupos carismáticos pueden multiplicarse infinitamente: basta con que tengamos un "iniciado", ya sea sacerdote, religioso o laico, hombre o mujer, anciano, adulto o niño; esto no tiene importancia.

La iluminación iniciática requiere un rito

Otro punto clave para alcanzar la iluminación iniciática es la necesidad de un rito. Este "rito" sirve para **transmitir** la corriente de la "gracia" satánica, para injertar almas al que se hace llamar "Gran Espíritu".

Escuchemos de nuevo al autor masónico anónimo mencionado anteriormente: «*Pero, para mantener su eficacia, los ritos deben observarse escrupulosamente*» (*Op. cit*., pág. 87). Y René Guènon (*Apercus*... cit.) afirma que, para que el rito transmita el influjo espiritual, es necesario que un ejercicio «*de silencio, de recitación o de movimiento* [pensemos en la imposición de manos en el bautismo carismático] *suscite vibraciones rítmicas*» (y aquí se revela el carácter encantatorio del rito); estas vibraciones permiten a quienes se entregan al rito iniciático «*percibir directamente* —nos dice Guènon— *los estados superiores de su ser*» (se trata, en efecto, de estados vinculados en realidad al influjo diabólica preternatural). De esta manera, el rito encantatorio «*sirve para provocar artificialmente* [...] *una especie de "éxtasis"*». Es decir, para "hacer salir" al iniciado de su universo, para ser dominado por el espíritu infernal.

Guènon habla aquí de la gran iniciación masónica, que, por lo tanto, requiere repetidos "éxtasis", pero debe reconocerse que el movimiento carismático es la historia de un influjo espiritual (ajeno a la fe católica) transmitido por un "iniciado" mediante un rito que sirve de vehículo: el "bautismo del Espíritu" con la imposición de manos; ¡un rito que los católicos han buscado entre los pentecostales protestantes! El movimiento carismático no es nada, absolutamente nada, sin este rito, es decir, sin la transmisión de un influjo espiritual destinado a producir una impresión o iluminación iniciática. El padre Philibert de Sainty Didier, capuchino y maestro en teología, enfatiza con acierto que este rito es "*obligatorio para todo nuevo recluta*" (*Plaidoyer pour le Pentecôstisme* de mons. Laurentin).

La iluminación iniciática posee una eficacia real, a veces prodigiosa

Esta particular eficacia de la iluminación iniciática es fundamental, pues es la señal inequívoca del impacto del influjo preternatural. Al respecto, René Guènon es preciso: el rito iniciático "*siempre es eficaz cuando se realiza según las reglas. Poco importa que su efecto sea inmediato o tarde algún tiempo en manifestarse*".

La eficacia automática es un elemento típico de los "místicos" diabólicos: la certeza absoluta de obtener el efecto deseado es un elemento valioso en la seducción del falso ángel de luz.

Ahora bien, la eficacia automática, índice revelador de la transmisión del influjo preternatural, es una característica esencial del movimiento carismático, así como de todo movimiento iniciático. Escuchemos al autor anónimo del ya mencionado *Les authentiques fils de la lumiére*, quien nos habla de su iniciación masónica: «*... Inmediatamente sentí una impresión ardiente, como un destello... "algo" surgió de lo más profundo de mi ser. Descubrí un mundo nuevo, donde, de repente, el tiempo natural se transformaba en tiempo sagrado. Una sensación que no puedo analizar, pero que permanece imborrable... ¡Qué alegría sentí al participar, esta vez, en varios ágapes, en los que el Pan y el Vino crearon un vínculo místico entre los participantes del banquete sagrado!*» (págs. 98-99).

Por lo tanto:

– impresión indeleble;

– descubrimiento de un mundo nuevo que lo ve todo de una manera absolutamente diferente;

– creación de un vínculo místico con los demás participantes, porque el iniciado, en virtud de su iniciación, se encuentra incorporado a una especie de "cuerpo místico".

Pasemos ahora de la iniciación masónica a la iniciación carismática. Para comprender hasta qué punto la eficacia es una característica esencial del movimiento carismático, basta considerar los efectos que produce el rito del "bautismo del Espíritu" mediante la imposición de manos.

Al hablar de estos efectos, los Ranaghan, quienes estuvieron entre los primeros "católicos pentecostales" y también entre los primeros en escribir sobre el movimiento carismático (véase *Le Retour* [sic] *de l'Esprit*, ed. du Cerf, París), dicen que son inagotables. Así lo expresa uno de ellos: «*Con este bautismo fue como si me hubieran sumergido en un gran océano, pero el agua era Dios, era el Espíritu Santo*» (pág. 24). Lo siguiente ilustra los efectos experimentados por el grupo de "fundadores" del "Pentecostalismo católico":

«Cuando estas personas de Pittsburgh [profesores universitarios de Pensilvania, Estados Unidos] describen su experiencia del "bautismo en el Espíritu Santo", hablan de una nueva conciencia del amor de Dios, que se ofrece particularmente a través de Cristo resucitado. Jesús se familiariza de una manera nueva, y se sintieron cómodos al acercarse a él como Señor y hermano, tan grande era la conciencia de su familiaridad. Sus oraciones se convirtieron espontáneamente en una alabanza a Dios y el deseo de orar creció en ellos.

De repente, la Biblia ejerció un nuevo atractivo para ellos. Ya habían estudiado las Escrituras durante algún tiempo, pero comenzaron a leer el Antiguo y el Nuevo Testamento por puro gozo y para regocijarse en las maravillas realizadas por el Padre en la historia de la salvación. Estaban en paz, de una manera sorprendente. Graves problemas de personalidad, tensiones entre individuos, de trabajo o estudio, se resolvieron fácilmente en el contexto del amor de Cristo. Una nueva fe los llenó. No solo se entregaron más a Cristo, sino descubrieron una nueva audacia en la fe, una confianza en la presencia y el poder amoroso de Cristo, que les permitió anunciarlo a sus amigos sin dificultad. Y en todas partes, incluso en la prueba, dieron testimonio de la alegría penetrante que acompañaba esta vida más intensa con Cristo.

Junto con esta maravillosa transformación interior, recibieron varios o incluso todos los dones del Espíritu Santo. Estos son los carismas que se encuentran en gran abundancia en la Iglesia primitiva [pero de un origen completamente diferente, como veremos]. [...]. *También recibieron otro don, que parece muy extraño. Aunque San Pablo nos recuerda que ciertamente no es el más importante de los dones del Espíritu Santo, es sin embargo el que más llama la atención cuando se habla del movimiento pentecostal: es el «don de lenguas»* [o glosología]. *Puede definirse como una alabanza a Dios en un idioma que quien la pronuncia no entiende, aunque lo hable.* [...]. *Por lo general, esta oración no es inteligible y, sin embargo, tiene un estilo, un vocabulario, una serie de inflexiones que denotan un verdadero lenguaje humano.*

Considerado el menos importante de los dones, a menudo, aunque no siempre, es el primero en recibirse. Para muchos constituye un umbral a través del cual se entra en el reino de los dones y frutos del Espíritu Santo» (págs. 25-27).

Estos efectos producidos por el "sacramento imitador" de la Confirmación han seguido manifestándose al ritmo de las iniciaciones posteriores, y a menudo de forma sensacional. Aquí hay un testimonio:

«*Estaba de pie ante el altar y un instante después me encontré tendida en el suelo, llorando y en un arrebato que quizás nunca vuelva a sentir. Después de cierto tiempo (no sé cuánto), me encontré de pie y bajé con la conciencia de que el Espíritu de Dios había actuado en mí* [...]. *Reflexionando, comprendí que tenía que volver a la capilla a orar. Tenía un poco de miedo de entrar, pero entré. Me encontré tumbado boca arriba, con los brazos extendidos en forma de cruz. Estaba orando, pero era una sensación muy extraña: no pensaba en las palabras antes de pronunciarlas; al escuchar lo que decía, lo oía por primera vez. Era como si oyera a otra persona hablar. Mientras tanto, alguien entró en la capilla, pero apenas me di cuenta. Al rato me senté y me di cuenta de que era una amiga mía. Al verla orar, me sentí tan feliz que no pude contenerme; la miré y le dije: "Te amo"; ella respondió: "Yo también", y me preguntó si podía leerme alguna cosa. Abrió la Biblia y comenzó a leer. No sé cómo sucedió, pero después de las primeras tres palabras, tuve un encuentro con Cristo aún más intensa que antes. Cuando intenté hablar con los que habían entrado, me di cuenta de que solo emitían sonidos ininteligibles, como un mudo que intenta expresarse*» (págs. 34-35).

Y aquí hay otro testimonio con "olor a azufre" y un pasaje típico que recordaremos más adelante:

«*Esa noche, nueve de nosotros nos reunimos con el profesor Duquesne para orar y le pedimos que nos impusiera las manos y que oráramos para que recibiéramos el bautismo en el Espíritu. Comenzó ordenando al diablo, en el nombre de Jesús, que saliera de nosotros* [para poner fin a las tentaciones, dudas y obstáculos que nos había suscitado, para dejarnos libres para responder plenamente a Dios]. *Luego nos impuso las manos y oró para que fuéramos llenos del Espí-*

ritu Santo [...]. *Cuando vino a mí, realmente no esperaba ninguna manifestación externa* [...]. *Se detuvo ante mí un momento y, en nombre de Cristo, expulsó a Satanás* [sic]. *En cuanto habló, me di cuenta de que un demonio* [?] *me abandonaba. Sentí que temblaba y reconocí con claridad el olor a azufre quemado.*

[...] *Entonces me impusieron las manos y, aunque no recibí el don de lenguas esa primera noche, comenzaron a suceder tantas cosas que tuve la certeza del poder del Espíritu Santo* [?]. *De repente, me sentí fuertemente atraído hacia la Biblia. La Escritura me parecía transparente, la oración, un verdadero gozo. La sensación que tenía de la presencia y el amor de Dios era tan fuerte que recordaba haber permanecido media hora sentado en la capilla, riendo de alegría al pensar en el amor de Dios»* (págs. 62-63).

Observemos este pasaje: «*Se detuvo ante mí y, en nombre de Cristo, expulsó al demonio. En cuanto habló, me di cuenta que un demonio me abandonaba, etc.*».

Citemos en paralelo algunas líneas de un texto del Padre Catry. Un religioso expulsó al demonio de un poseso con agua bendita mientras practicaba la escritura automática ([1]):

«El poseso: —¿Qué ha ocurrido?

El religioso: —Señor N., estaba escribiendo y lo rocié con agua bendita.

El poseso: —¡Es lo que quería decir!... Había una fuerza dentro de mí que quería escribir, pero otra fuerza externa me lo impedía. Luché y fui derrotado.

El religioso: —¡Fuiste derrotado por el poder de Dios en el agua bendita! ¿Nunca has experimentado algo similar?

---

[1] Nota del traductor: La escritura automática o el fluir de conciencia es el proceso o resultado de la escritura que no proviene de los pensamientos conscientes de quien escribe. Es una forma de hacer que aflore el inconsciente. Consiste en situar el lápiz sobre el papel y empezar a escribir, dejando fluir los pensamientos sin ninguna coerción moral, social ni de ningún tipo. El objetivo es alejarse totalmente de la razón. En ocasiones se realiza en estado de trance, aunque no es necesario que sea así. Su propósito es vencer la censura que se ejerce sobre el inconsciente, merced a unos actos creativos no programados y sin sentido inmediato para la consciencia, que escapan a la voluntad del autor. Entonces compone directamente el inconsciente, liberado de la censura.

El poseso: —No; o, mejor dicho, sí, pero al revés. Era el día de la iniciación. La fuerza que se resistía estaba dentro de mí y la ahuyenté.

El religioso: —Era el Espíritu Santo de tu bautismo. Entendías que era Nuestro Señor Jesucristo, paro le abriste la perta al demonio.»

Recordemos estas palabras del poseso: «*Era el día de la iniciación*». El paralelismo entre estos dos textos muestra la inversión diabólica [Dios se hace pasar por Satanás y Satanás por Dios] y el olor a azufre percibido por la víctima provenía precisamente del profesor Duquesne, quien cumplía su función de iniciación carismática.

Todos los promotores del llamado movimiento carismático católico muestran con satisfacción los efectos del "bautismo del Espíritu", como el Mons. Caffarel en "*Hay que hablar de un Pentecostalismo católico*": "*Un crecimiento*" *y "el descubrimiento del Huésped interior*"; "*el apego a la Iglesia*"*; "el impulso misionero*", "*una experiencia de liberación"* (a nivel moral, psicológico y físico) y, finalmente, "*los carismas*": profecía, discernimiento de espíritus, poder de sanar, hablar en lenguas, don de interpretación, etc. En resumen, ¡cuánto se necesita para renovar la faz de la tierra! Y precisamente porque provoca estos maravillosos efectos de ardor religioso, la Renovación Carismática presenta atractivos maravillosos, ya que el atractivo de lo extraordinario es el más extraordinario de los atractivos. ¿Qué sacerdote, qué católico militante, de hecho, no desea la eficacia de su propio apostolado? ¿Qué discípulo de Cristo no desea ardor en la oración, en la lectura de las Sagradas Escrituras, en la práctica de la caridad? ¿Qué cristiano sencillo no desea "sentir" el amor de Dios, su presencia inefable, su acción benéfica?

¿Qué católico no siente el cansancio de vivir en la "desnudez" de la fe, en la "noche" de la esperanza ("*sperare contra spem*"), y en un mundo cada vez más desierto, en el que la Verdad, natural y sobrenatural, se ve cada vez más sofocada por opiniones, miedos, compromisos, traiciones, y donde la caridad, con demasiada frecuencia, es solo filantropía sin fuego divino y, por lo tanto, sin llama?

Así pues, ante todo, debemos considerar que la eficacia automática del Pentecostalismo, de todo movimiento carismático, es el signo manifiesto de un influjo extremadamente poderoso, capaz de transformar a un ser humano

a nivel físico, psicológico, moral y religioso, sin que este haga el más mínimo esfuerzo, salvo el de permitir que se le impongan las manos y escuchar la fórmula solicitada. "*El rito siempre es eficaz*", nos dice Guènon. Pero esta no es la cuestión principal.

La pregunta capital: ¿cuál es la naturaleza de este influjo iniciático?

En este punto, surge la pregunta capital: ¿cuál es la verdadera naturaleza de este influjo iniciático? Escuchemos una vez más al masón anónimo de "*Los Auténticos Hijos de la Luz*", quien cita un texto que considera muy esclarecedor:

> *«Hay quienes, en ciertos momentos, pueden separarse de sí mismos, descender por debajo del umbral, cada vez más profundamente, a las oscuras profundidades de la fuerza que sostiene su cuerpo, donde esta fuerza pierde su nombre y su individualidad. En ese momento, uno tiene la sensación de que esta fuerza se expande, recupera el yo y el no-yo, invade toda la naturaleza, materializa el tiempo, transporta a miríadas de seres como si estuvieran ebrios o alucinados, reapareciendo en mil formas: una fuerza irresistible, salvaje, inagotable, sin descanso, sin límite, abrasado por una insuficiencia y una privación eterna*» (p. 88).

Es un lenguaje que termina por unirse al de los escritores eclesiásticos cuando hablan del demonio. La fuerza salvaje, sin descanso, consumida por la insuficiencia y la privación eterna, capaz de transportar a miríadas de seres como si estuvieran ebrios o alucinados, es el espíritu de Lucifer, marcado por una incandescencia que "ilumina" y "abrasa", y que puede transformar a un ser humano en un instante hasta convertirlo en su víctima segura.

Ahora bien, basta leer los testimonios de las víctimas de la Renovación Carismática para comprender que el "Espíritu", que otorga su fuerza preternatural al influjo iniciático, produce efectos absolutamente extraordinarios en número, tipo, velocidad e intensidad.

El autor masónico incluso llega a hablar de una "*presencia invisible*" en el momento de la iluminación iniciática: «*Es uno de los misterios de la iniciación: el entorno* (...), *y quizás una presencia invisible, causan una emoción indescriptible*» (pág. 99).

De hecho, es la "presencia de Satanás" la que explica la rapidez e intensidad de la emoción sentida y la que convierte la iluminación iniciática en una experiencia mística diabólica. No se trata de "autosugestión": la prodigiosa eficacia de la iniciación lo demuestra; es la verdadera recepción de una influencia externa: aquí reside la gravedad de la iniciación.

Escuchemos ahora al Padre Catry, en el artículo ya citado:

> *«¿Cuál es la naturaleza del "influjo espiritual" tan indispensable para el iniciado como la electricidad para el motor? René Guènon habla de un "elemento no humano", "de orden trascendente", "sobrenatural" que nos pone en comunicación con los "estados superiores del ser". Esto no puede ser lo verdaderamente sobrenatural, lo divino sobrenatural: Dios da testimonio de sí mismo, no del "Gran Todo". ¿Será un influjo de orden preternatural, angélico? Es posible. Especialmente porque Guènon equipara a los ángeles a los "estados superiores del ser"... Pero, dado que el diablo se distingue por presentarse como ángel de luz, es importante distinguir los influjos. ¿Qué ángeles intervienen en la iniciación? Los buenos solo contribuyen a preparar la iluminación de la fe, manteniéndose siempre con la máxima discreción. Pero los ángeles malos pueden alimentar cualquier ilusión y hacerla seductora, acompañándola también de milagros en quienes se entregan a su acción.»*

Es evidente que en el movimiento carismático, la iluminación iniciática no puede tener un origen divino, pues su fuente es la fe católica. Al respecto, el padre Eugenio de Willeurbanne escribe:

> *«El llamado Pentecostalismo "católico", que se ha ramificado en "Renovaciones Carismáticas" y "Renovaciones del Espíritu", y que, posteriormente, intenta darse una justificación doctrinal, surgió de un rechazo a la Iglesia católica jerárquica, de una rebelión contra ella o de su desconocimiento; los fundadores de este Pentecostalismo "católico" y los padres de las diversas "Renovaciones" le han dado la espalda a su obispo para ir a pedir a los pentecostales protestantes la iniciación doctrinal y el "bautismo del Espíritu" o efusión del Espíritu Santo mediante la imposición de manos. También han violado el canon 1399 nº 5...»* (*Iluminisme "67": Reflexions et conclusions*, pág. 1; la traducción es nuestra).

De hecho, todo comenzó con la participación en asambleas de Pentecostales protestantes y con la recepción del "bautismo del Espíritu" por parte de los Pentecostales protestantes.

Aquí también encontramos a René Guènon con la necesidad, según él, de estar «*vinculado a una organización ritual porque nada puede comenzar ni progresar sin la iniciación*». Al leer en el libro de Ranaghan "*Le Retour de l'Esprit*", la historia de los orígenes del Pentecostalismo católico, reconocemos todos los elementos de la iniciación indicados por René Guénon: dentro de la organización protestante encontramos al iniciado o iniciados a través de los cuales se transmite el "influjo" espiritual según un rito predeterminado: la plegaria al "Espíritu" acompañada de la imposición de manos, y este rito demuestra su eficacia por los efectos que produce. Veámoslo.

El 18 de enero de 1967, "*día de la octava de Epifanía, consagrada por la liturgia católica a la celebración del bautismo de Jesús por el Espíritu Santo en el Jordán... ellos* [los fundadores del Pentecostalismo] *se reunieron en casa de la señorita Florence Dodge,* ***una presbiteriana*** *que había organizado el* ***grupo de oración*** *algún tiempo antes. El grupo se reunía regularmente en su casa y ella prácticamente dirigía estas reuniones* (pág. 22).

A continuación, los tres profesores de Pittsburg y la esposa de uno de ellos asisten a una primera reunión carismática:

> "*Nos dejó —dice uno de los testigos— la impresión duradera de que Dios estaba obrando allí* [?]".

Dos de los profesores asistieron a la siguiente reunión:

> «*Ella terminó* —dice el mismo testigo—, *cuando Pat y yo pedimos que rezaran con nosotros para que recibiéramos el bautismo del Espíritu. Se dividieron en varios grupos, porque oraban sobre varias personas. Sólo me pidieron que hiciera un acto de fe para que la potencia del Espíritu obrara en mí. No tardé en orar en lenguas*» (pág. 23).

> «*A la semana siguiente* —añaden los Ranaghan— *Ralph* [uno de los dos iniciados] *impuso las manos sobre los otros dos* [compañeros] *y ellos también recibieron el bautismo del Espíritu*» (pág. 24).

El proceso se desencadena: el iniciado se convierte, a su vez, en iniciador y transmite así el "influjo espiritual". Todo el Pentecostalismo lla-

mado “católico” está en germen en estos textos del libro de Ranaghan. Continuando la lectura, vemos cómo la “corriente” pasa de uno de los iniciadores a los recién llegados:

> «*Una pareja de novios... había oído hablar del ‘‘bautismo del Espíritu Santo’’ y deseaba recibirlo. Se acercaron a Ralph Keifer* [uno de los fundadores del Pentecostalismo ‘‘católico’’] *y le pidieron que rezara con ellos para que el Espíritu Santo actuara plenamente en sus vidas... fueron profundamente tocados por el Espíritu de Cristo. El Espíritu pronto se manifestó en el don de lenguas en las que el joven y la muchacha alababan a Dios*» (pág. 29).

Y eso no fue todo:

> «*Pero sabían que, al mismo tiempo, una de las jóvenes* [miembro del grupo pentecostal]... *había sido atraída a la capilla y había sentido allí la presencia casi tangible del Espíritu de Cristo. Temblorosa, salió de la capilla y se apresuró a instar a los demás a que la acompañaran. Los miembros del grupo, solos o de dos en dos, se dirigieron allí y, mientras todos estaban allí reunidos en oración, el Espíritu Santo se derramó sobre ellos*» (pág.24-30).

¡Es evidente que esta especie de “Espíritu” sopla mucho y “pnuematiza” a cualquiera que se rinda a su acción desbordante de favores carismáticos!

En resumen: la corriente carismática ha pasado del protestantismo herético e iniciático a los católicos provocando “efectos maravillosos” de ardor religioso que no se explican por una causa sobrenatural, porque no es posible que el Señor entre en una experiencia hecha por católicos desobedientes a la Iglesia, en un ambiente herético y con una iniciación, un rito claramente no católico.

La renovación carismática no se basa ni en la doctrina católica, ni en la espiritualidad católica, ni en la liturgia católica. Tiene la exterioridad de la fe, pero en realidad es su negación. La “fe” carismática está hecha de intuición, de sentimiento, de experiencia interior; es una “fe” inmanente y subjetiva. Ya no se trata de “saber” para creer, sino de “sentir” para creer. El alma toma el camino de la sensibilidad y es ahí donde acecha el diablo.

Uno piensa en la novela modernista de Fogazzaro “*El Santo*” (aparecida hacia 1904): «*Recoger nuestras almas en Dios, en silencio, cada uno*

*por su lado, hasta **sentir** la presencia misma de Dios en nosotros... Queremos **sentirnos** unidos... debemos **sentir** a Dios presente en nosotros, pero cada uno de nosotros debe **sentirlo** también presente en los demás: ¡y yo lo **sentí** tan vivamente en ti! Todos los que **sentimos** que Cristo prepara... una inmensa transformación a través de profetas y santos*».

La "fe" carismática se basa en la experiencia sensible [véase San Pío X encíclica *Pascendi* contra el modernismo].

El Card. Suenens se expresaba así sobre su esperanza «teologal»: «*Mi esperanza teologal ... se vuelve experimental*» ("*Une nouvelle Pentôcote*?"). A lo que el Padre Philibert de Saint Didier (ya citado) se apresura a responder: «*La afirmación es curiosa. El objeto de una esperanza declarada "teologal" es Dios que promete. Pero Dios no se experimenta. Se cree en Él. En cuanto a la razón de esta esperanza, siempre por ser "teologal", es únicamente la fidelidad esencial de Dios que promete. Y esto tampoco se experimenta*» ("*Interrogation sur le Pentecôisme?*").

Ahora queda un último punto por discutir: ¿dónde termina la iluminación iniciática?

El fin de la iluminación iniciática

Aquí nos encontramos ante almas iniciadas, es decir, oscurecidas, incapaces de discernir lo necesario para redescubrir el verdadero camino de la fe católica. En medio de la experiencia carismática, estas almas, ansiosas de recibir el "bautismo del Espíritu", no se dieron cuenta de que estaban abriendo los brazos al diablo, sobre todo porque este se había encargado de retirar sus cuernos y garras y se había revestido de luz para seducir a sus víctimas.

Bossuet nos lo había advertido:

> «*Veo dos tipos de persecución en la Iglesia: la primera, en los orígenes y bajo el Imperio Romano, predominantemente violenta; la segunda, al final del mundo, que será el reino de la seducción*».

Al observar el poder de seducción de la Renovación Carismática, uno no puede evitar sentirse, de alguna manera, bajo este último reino. Es a través de la seducción que el "Príncipe de este mundo" quiere atrapar en su red a **las almas que aún distinguen el bien del mal**.

Durante la iluminación iniciática, la impresión recibida es luminosa, eufórica y estimulante. Así es precisamente como se exalta un carismático anónimo:

> «*Alegría y luz, despertar cristiano* [cf. el "despertar" masónico], *renovación de vida y voluntad, explosión de alegría interior, dulce y duradera, iluminación digna del último grado de la vida mística: todo esto se concede con el poder del Espíritu Santo a los principiantes, para consolidar su perseverancia futura en la misma medida que su explosión primitiva*».

En el umbral del camino iniciático, los favores carismáticos se desbordan, lo que permite que el Pentecostalismo-Renovación crezca como un hongo, para mayor perjuicio de las almas incautas. Gracias a la seducción diabólica, el nuevo afiliado se sosiega y se tranquiliza, y ya no puede descubrir el disfraz del falso ángel de luz. Dado que el mal incluido en la iluminación iniciática no es evidente, las almas ni siquiera se preguntan si es bueno o malo y quedan atrapadas, sin saberlo, en la red infernal. Para liberarlas de su ceguera, sería necesario obrar el discernimiento de espíritus, que solo permite revelar una inspiración diabólica donde se cree ver una inspiración divina. Lo que pone en peligro al falso místico es precisamente el hecho de que se inspira en el Tentador, quien poco a poco empuja a las almas a donde nunca habrían querido ir, si el verdadero objetivo se les hubiera revelado primero.

En el movimiento carismático, parece como si el diablo quisiera de alguna manera "democratizar" una forma simplificada de iniciación, para atrapar a tantas almas como sea posible en sus redes, ignorantes como son de sus trucos más sutiles. De hecho, ¿cuál es el resultado de la empresa carismática de Satanás? El "Espíritu" que se adora ya no es objetivamente el Espíritu Santo de la Fe Católica; es el "gran espíritu" salido del infierno, y los "dones carismáticos" que concede son la manifestación de su presencia y su acción. Si el diablo da con tanta generosidad, es porque así reemplaza al Señor y recibe una adoración que solo a él le corresponde. Dios, de hecho, no puede dejarse secuestrar por una imitación del Sacramento de la Confirmación, totalmente ajena a la fe católica.

La doctrina católica ofrece remedios contra la solución diabólica.

Dios, por supuesto, es libre de dar y puede dar a quien quiera y cuando quiera, pero el católico no debe "tentar" al Señor (Mt. 4,7), tal como lo invita a hacer el Pentecostalismo-Renovación. Porque si hay una petición a la que el diablo sin duda responde, es la del "bautismo del Espíritu" con toda su abundancia de carismas: el "espíritu" implorado se apresura a llegar, ¡pero no es el esperado!

Por lo tanto, San Vicente Ferrer, al igual que Santo Tomás y San Juan de la Cruz, advierte a las almas contra las "sugestiones e ilusiones del demonio, que engaña al hombre en sus relaciones con Dios y en todo lo que le concierne" (*La vida espiritual*) y ofrece remedios contra las tentaciones espirituales que despierta el demonio:

> «*Quienes quieran vivir en la voluntad de Dios no deben desear obtener* […] *sentimientos sobrenaturales superiores al estado ordinario de quienes tienen un sincero temor y amor a Dios. Tal deseo, de hecho, solo puede provenir de un profundo orgullo y presunción, de una vana curiosidad por Dios y de una fe demasiado débil. La gracia de Dios abandona al alma presa de este deseo y la deja a merced de sus propias ilusiones y de las tentaciones del demonio, que la seduce con visiones y revelaciones engañosas*» (ibid.).
>
> Y también:
>
> «*Huid de la compañía y familiaridad de quienes predican y difunden estas tentaciones y de quienes las defienden y alaban. No escuchen sus historias ni sus explicaciones. No intenten ver lo que hacen,* ***porque el demonio no dejará de mostrarte en sus palabras y hechos signos de perfección, a los que podrías dar crédito y así caer y perderte con ellos***» (ibid.).

De ahí la necesidad de abstenerse no solo de participar en ceremonias carismáticas que ejercen una verdadera influencia, sino también de asistir a ellas como simples espectadores. Añadamos las palabras de San Ignacio, experto en discernimiento de espíritus: «*Propio es del ángel malo, que se transforma en ángel de luz, entrar con los sentimientos del alma devota y salir consigo* [terminar con los suyos]».

Desde el momento en que el alma cruza el umbral del universo carismático (universo oculto), todo puede suceder. Comienza con dones inefables: entusiasmo y ardor ferviente, liberación de complejos y vicios, don de profecía, curación, glosolalia (o xenoglosia = hablar una lengua extranjera desconocida), etc., continúa con una evolución paralela a la de las drogas (ya que la «efusión del Espíritu» en el carismático es una verdadera droga espiritual: implica una degradación progresiva del alma, una aniquilación progresiva de la vida de fe) y termina con celebraciones sensibles y, a veces, en la locura. Y como vivimos en una época en la que el diablo ya no se conoce (la demonología ya no es una ciencia religiosa oficial, ya no se enseña en... seminarios), una era en la que se le mantiene en silencio, en la que la gente se ríe de solo pensarlo o hablar de él, una era en la que hay pocos sacerdotes o religiosos competentes en este campo, en la que los estudios sobre ocultismo han desaparecido en los seminarios, en la que la gente toma conciencia de cierta posesión interior por una enfermedad que es responsabilidad de la psiquiatría, se puede ver claramente lo que tendrán que sufrir las almas que, "ignorantes" o "imprudentes" (como dice San Juan de la Cruz), se habrán dejado involucrar en las fantasías carismáticas del Pentecostalismo-Renovación, "*esta nueva forma de brujería que apela al Espíritu Santo*" (Padre Calmel o.p.). Es imposible no recordar estas palabras del Evangelio: "*Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre no echamos fuera demonios? ¿No hicimos muchos milagros en tu nombre? Y entonces les declararé públicamente: «Jamás os conocí*» (Mt. 7, 22-23).

Pentecostalismo y modernismo

Para completar, añadimos que el Pentecostalismo o Renovación Carismática, si bien es fruto de todas las "iluminaciones" del "Paráclito", que, a partir del gnosticismo, han marcado la historia de la Iglesia, es también fruto de las filosofías que han preparado, apoyado y provocado "teologías" esotéricas.

Todo lo que rechaza la **objetividad** de la razón filosófica y científica, así como de la fe católica, en favor exclusivamente de la **intuición del corazón**, de la **experiencia íntima y personal**, ha preparado, de lejos o de cerca, la "religión" carismática. De esta manera, y sobre todo gracias al modernismo, ha sido posible hacer del "hombre moderno" aquel que siente

que su filosofía, su religión, proviene del corazón, de su experiencia personal. La Renovación Carismática es esencialmente subjetivismo místico: se trata de vivir en uno mismo la "experiencia de lo divino" o, traducido al lenguaje carismático, la experiencia viva del "Espíritu Santo".

Pentecostalismo y ecumenismo

Es fácil comprender que la Renovación Carismática es el instrumento privilegiado en el plan ecuménico de la contra-Iglesia, debiendo servir como denominador común para la unificación de las religiones.

Esto es lo que escribe el mencionado Padre Eugenio de Villeurbaune:

> *«Esta afirmación está implícita en todo el libro del cardenal modernista Suenens, "Une nouvelle Pentecôte"... el autor quiere que el Espíritu Santo sea un "agente de comunión"... nótese también* ***su fallida y falsa comparación de la Iglesia con la Trinidad, una "unidad plural"*** *para persuadirnos de que la Iglesia (el autor nunca dice la Iglesia católica, porque para él la Iglesia es lo que los protestantes llaman "la gran Iglesia" o federación de Iglesias) debe estar compuesta (o más bien, compuesta) de varios elementos dispares. Sin embargo, desafortunadamente para el cardenal, la Santísima Trinidad no es una "unidad plural",* ***porque lo que constituye fundamentalmente su unidad está total, igual e idénticamente en cada una de las tres Personas****; y dado que la esencia divina,* ***una y única****, no está dividida, ¿cómo puede ser "plural"? Las Divinas Personas no multiplican la unidad divina. Por lo tanto, si la Iglesia debe ser una imagen de la Trinidad, lo será* ***solo cuando todas sus partes tengan la misma sustancia y naturaleza, lo cual no es ni será jamás el caso de las "Iglesias" que no comparten la misma fe ni el mismo "depositum Fidei" o Credo****. Es muy cierto que pretenden que los carismas actúen como común denominador, a costa de una blasfemia sacrílega:* ***poner al Espíritu en contradicción consigo mismo, llenándolo de carismas y una infusión de presencia a quienes niegan los dogmas que Él reveló junto con el Padre y el Hijo****.*

Así pues, la Renovación Carismática, actuando como común denominador para la unificación de las "religiones", nos conduce hacia la Iglesia Universal o hacia el Cuerpo místico de Satanás. Los enemigos de la Santa

Iglesia no se equivocan: «*Para nosotros, estos esfuerzos* [hacia el ecumenismo cristiano] *solo significan pasos en el camino de un ecumenismo que deseamos que sea total*» (F. Ryandey, citado por P. G. Virion en "*Mystère d'Iniquité*", pág. 132).

La "Iglesia del amor" o el hombre en lugar de Dios

Hay un pasaje particularmente importante en el libro de Huysmans titulado "*Làbas*" ("Por allí"), que evoca la Iglesia carismática de Juan (en contraposición a la Iglesia jerárquica de Pedro) que florecerá con la llegada del Paráclito y que se llama la "Iglesia del amor" (en armonía con la "civilización del amor" de Pablo VI), la "Iglesia de la reconciliación", la Iglesia "ecuménica" o "universal", por ser carismática:

> «*Es un axioma teológico que el espíritu de Pedro vive en sus sucesores. Vivirá allí, más o menos oculto, hasta la* ***deseada expansión del Espíritu Santo***. *Entonces Juan, que estaba en reserva —dice el Evangelio— comenzará su ministerio de amor y vivirá en el alma de los nuevos papas*».

Este texto muestra claramente el vínculo esotérico que existe entre la "*expansión del Espíritu Santo*" (a través de la "Renovación Carismática") y el "ministro de Amor" de Juan. El autor esotérico Salemi anunciaba en 1960: «*El nuevo evangelio de Juan pronto será predicado por toda la tierra*» (*Le message de l'Apocalypse*, pág. 293).

Vivimos en los tiempos de este "nuevo evangelio":

> «*Se invoca al apóstol san Juan* —escribe Pierre Virino—, *discípulo de la contraautoridad de Pedro. Es la vieja teoría de los Rosacruces, que profetiza la Iglesia esotérica* [= iniciática] *de Juan, superior a la Iglesia exotérica* [= no iniciática] *de Pedro, y cuyos tiempos apocalípticos parecen haber llegado hoy. La Iglesia Romana debe ceder ante ella, debe desaparecer tal como es: "El Ciclo de Juan... se ha abierto"*» (*Mystère d'iniquité*, pág. 146).

Por lo tanto, surge la pregunta: ¿qué es esta "Iglesia de Juan", la Iglesia de la hora tercia, la Iglesia de la hora del Espíritu Santo? La Iglesia de Juan ya no es Dios, sino el hombre en primer lugar; no trascendencia divina, sino inmanencia; no la Fe, sino el gusto sensible, lo prodigioso, los carismas (democráticamente asegurados a todos gracias al "bautismo del Espíritu"); no

el dogma, sino la "revelación interior", el subjetivismo, el profetismo, la iluminación; no el Sacramento instituido por Cristo, sino otro tipo de "sacramento", injertado en una corriente oculta (tal es el "bautismo del Espíritu", que es una parodia de un sacramento, existiendo una efusión de "gracia diabólica" a través de un rito herético); no la Eucaristía-Sacrificio (de ahí la furia contra el llamado rito de San Pío V), sino la Eucaristía-fiesta; no el sacerdocio ministerial, sino el carácter sacerdotal de cada creyente. Un pentecostal lo atestigua así:

> «*Los católicos ahora saben que se puede recibir el bautismo del Espíritu Santo* ***sin la imposición de los obispos*** *y sacerdotes, porque pueden ir* ***directamente*** [como los protestantes] *a Jesús. Para mi asombro, Descubrí que* ***los católicos están contentos de no depender ya absolutamente de los sacerdotes***» (citado por *Lumière*, julio de 1975).

Incluso un sacerdote católico carismático atestigua: «*Comencemos a realizar el sacerdocio de todos los fieles*» (ibid.); no la Iglesia jerárquica y carismática a la vez, sino una Iglesia meramente casuística; no el Papa, sino un Sínodo paralizante; no los Obispos, sino una colegialidad asfixiante; no los párrocos, sino las asambleas presbiterales; no la jerarquía oficial, sino comisiones, comités, etc., etc., que constituyen un gobierno paralelo; no la Iglesia católica romana, sino una Iglesia universal, que reúne todos los cultos, sea cual sea la divinidad: en una palabra, lo que René Guènon llamaría una "Iglesia integral". Y esta "Iglesia integral", cuya tarea es destruir por asfixia a la Iglesia jerárquica tradicional, que es la Iglesia de Pedro, debe ser fruto de la venida del Espíritu (los Ranaghan decían: del "retorno" del Espíritu), porque es el "Pentecostés" de este "Espíritu" lo que permitirá a Juan ejercer su "ministerio de amor".

Entendemos entonces por qué en nuestros días hablamos tanto del amor:

> «*La gente será engañada en nombre del amor, de un amor que no es caridad teológica, sino que usurpa su nombre. Nunca hemos leído tanto en las publicaciones masónicas la frase: "Amaos los unos a los otros". Pero siempre se usa* ***en nombre de Cristo contra su Iglesia***» (*Mystère d'iniquité*, cit., pág. 146).

¿Qué hacer?

¿Qué hacer ante la ceguera causada por la invasión carismática, falsificación diabólica del sacramento de la Confirmación, pero con razón llamado "bautismo" porque marca el paso del universo católico al universo oculto? San Juan de la Cruz dice:

> «*Una vez cegada el alma, lo falso ya no le parece falso, lo malo ya no le parece malo, porque las tinieblas parecen luz y la luz oscuridad; por lo tanto, cae en toda clase de locuras sobre lo natural, moral o espiritual, y entonces surge el adagio: "El vino se ha convertido en vinagre"*» (*Subida al Monte Carmelo* L.III c. IX).

Hoy más que nunca es necesario insistir en cuál es la verdadera vida de fe. Escuchemos de nuevo a San Juan de la Cruz:

> *«Cuando el alma camina revestida de fe, el demonio no ve ni puede dañar al alma, que así camina en completa seguridad, ya que está defendida por esta virtud más que por el más fuerte y astuto.*
>
> *Por eso San Pedro, que no encontró mejor escudo para repeler al maligno, nos dice: Cui resistite fortes in fide (1 Pe 5, 9), "¡Resistidle fuertes en la fe!". Para alcanzar la gracia y la unión con el Amado, el alma no puede haber mejor túnica que este candor de la fe, que también sirve de fundamento y principio a todas las demás virtudes. Por eso, san Pablo afirma que sin ella es imposible agradar a Dios (Heb. 11, 16), mientras que con ella es imposible no agradarle, como dice el mismo Señor por medio del profeta Oseas: "Desponsabo te mihi in fide" (2, 20), como si dijera: "Si tú, alma, quieres unirte y desposarte conmigo, debes venir revestida interiormente de fe"*». (*La Noche Oscura* c. XXI).

Recurramos a la Santísima Virgen para que aplaste la cabeza de quien se hace pasar por el Espíritu Santo y quiere ser adorado en Su lugar.

Finalmente, recitemos con todo el ardor de nuestra fe, enemigo de la «sensibilidad carismática», el Santo Rosario.

La estocada

El Pentecostalismo-Renovación en la evolución de la Iglesia "conciliar" es como la estocada de la lanza al Corazón de Cristo, un golpe que no

sintió quien la recibió porque ya estaba muerto. Parece que esto revive místicamente en la Iglesia "conciliar", que no siente la estocada de la lanza infligida en su corazón por la Renovación Carismática; la falta de reacción de las Autoridades al respecto huele a la insensibilidad de un muerto en la oscuridad de la tumba. Pero la tumba está junto a la Resurrección, y si uno se sintiera tentado a preguntarle al Señor qué dijo Isaías... (21, 11) preguntó al centinela: «*¿Qué hora de la noche es?*», la respuesta del Guardián Místico sería: «*Ya amanece*».

«La unión divina no consiste en alegrías, sentimientos ni deleites del espíritu, sino en una muerte en vida de cruz, sensible y espiritual, interior y exterior».

San Juan de la Cruz